

chico que quiere salir solo a la calle, y antes de hacerlo lo repite una y mil veces. Tanto Cécile como Dominique creen desafiar la sociedad y lo único que logran es mostrar sus límites, su ingenuidad de "niñas precoces".

Después de diez años de literatura comprometida, nos encontramos con dos novelas bien escritas, es cierto, pero cuyo alcance es nulo y que no se conciben sino en una sociedad decadente. El volver a Gide, aún conscientemente, no parece solución válida. Sin embargo, el interrogante existe. François Sagan, ¿representa o no a una generación de post-guerra, generación demasiado sufrida y que se refugia en un mundo convencional, brillante, con lustre de película americana y con un izquierdismo de buen tono?

Por otra parte, la misma Françoise Sagan acaba de firmar un manifiesto sobre Argelia en el cual adopta una actitud en aparente contradicción con sus novelas. Juega a la intelectual de izquierda y escribe libros decadentes. Puede objetarse que el describir un ambiente no es aceptarlo. Entonces, ¿es por masoquismo que Françoise Sagan se repite?

Sophie Fisher

MARTIN BUBER: **Caminos de Utopía**, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

Cuando empezamos la lectura de "Caminos de Utopía", teníamos ciertas razones para suponer que íbamos a recorrer otra vez el país perdido de los sueños. Sin embargo, ahora al confrontar el caudal de experiencia viva adquirida, con aquellas primeras palabras del prólogo "Este libro nació de la intención de exponer genéticamente las ideas de lo que Marx y los mar-

xistas denominaron "socialismo utópico", y, en particular, su postulado de una renovación de la sociedad por renovamiento de su tejido celular. No me proponía dar una visión de conjunto del desarrollo de una idea, sino diseñar la imagen de una idea en proceso de desarrollo"... "Lo importante no son las afluencias, sino la corriente única a la cual desembocan finalmente. Observando su desarrollo a través de la historia del espíritu, surge ante nosotros la idea misma"; al confrontar estas palabras, decíamos, con una nueva situación en la que los aprioris ya no pueden apuntalar los estancos mentales, comprendemos cómo la fuerza de convicción y la evidencia de la "idea misma" en "su desarrollo a través de la historia del espíritu", bastó para mostrar la insuficiencia de un punto de partida que nacía en primera instancia de la limitación asignada al significado de la palabra utopía.

En una nota anterior yo decía a propósito de utopías, "esos universos inmutables poblados de hombres inmutables y serenos que reciben sobre sus quietas felicidades la cálida caricia del bienestar eterno", y si me cito es simplemente para evidenciar cómo esta idea, válida pero estrecha porque sólo devela una de sus posibilidades, se amplía en una profunda y nueva perspectiva a través de Buber.

Al trasladarse la imagen de lo justo desde el plano de la **revelación** en el que se consuma en un **tiempo perfecto** al plano de la **idea** donde lo hace en un **espacio perfecto**, surge la **utopía** como secularización de la escatología. Ahora bien, en la secularización socialista de la escatología, precisamente, que intenta corporizar su imagen de la perfección en lo social así como la revelación lo hacía en una ins-

tancia más allá del tiempo y del espacio terrenales, lo utópico adquiere su patencia según características que son propias de la escatología. Y así como en ésta se dan la manera **profética** y la manera **apocalíptica**, así también la utopía se encausa según esas vertientes irreductiblemente opuestas.

Según la segunda de las formas escatológicas, la apocalíptica, el hombre se limita a esperar la redención; su realidad en tanto voluntad que la va haciendo en un continuo querer consciente, es impotente frente a los designios divinos y su intervención en lo que inevitablemente será, de nada sirve ni en lo individual ni en lo social; sólo debe reducirse a vivir al margen del camino por el que llegará el "gran salto".

Para la escatología profética, en cambio, el hombre es un ente activo en el conseguimiento de su redención; ésta ha sido prevista pero el hombre avanza hacia su encuentro desde un presente que conoce y quiere superar. De la misma manera, dice Buber, y en tanto desplazamiento al orden natural, la utopía presenta también dos rostros; el **necesarista**, apocalíptico, con su ideal del "día luminoso" síntesis final de un inexorable juego dialéctico totalmente independiente de la voluntad, y el **voluntarista**, profético que "no cree en el salto revolucionario sino en la continuidad revolucionaria" (pág. 25); que quiere reestructurar la comunidad desde el aquí y el ahora en un ir hacia la descentralización en grupos autónomos federados, hacia la comunidad revitalizada por auténticos vínculos entre individuos que sólo pueden realizarse plenamente como tales para y a través de ella, aprovechando en cada circunstancia histórica las posibilidades que permanecen latentes por debajo del

atomismo y de la desintegración.

Utopía apocalíptica es el "socialismo" de Marx y sus adeptos; utopía profética —socialismo voluntarista— es la de todos aquellos que creyeron y creen que no puede haber diferencia esencial entre el camino y la meta. De aquí en adelante Buber reservará el término de utópica sólo para esta segunda forma.

En este momento se impone una revisión de conceptos; habría una primera acepción de la palabra utopía, referida al enfoque que vulgar y generalmente asume el pensamiento; es la inmutable visión de los universos irrealizables. A raíz de esa revisión debemos deslindar y corregir las denominaciones, trastocando los lugares de las cosas; quizá lo más inesperado sea que junto a la "Icaria" de Cabet y a la "Ciudad del Sol" de Campanella coloquemos ahora al científico Marx, y que aquellos para quienes Marx y Engels inventaron la terminología de utopistas —evidentemente en este sentido— porque no coincidían con su apocalíptica idea de la sociedad, se desplacen desde ese estamento que se creía les era natural al lugar donde se corporiza la imagen de la utopía en su segunda acepción, es decir en el sentido que Buber da a la utopía profética —y que en el vivir cotidiano forma parte no de lo irrealizable sino de los planes **realizables** en tanto quieren hacerse a través de una **adecuación** tenaz a cada circunstancia.

La terminología de "utópicos" en su primera acepción rebalsó los límites del marxismo y su manejo, como argumento fácil para "aniquilar" a los que estaban en otra cosa, convenció también por su eficacia al socialismo reformista no-marxista.

Y es este socialismo el que nos plantea ahora un nuevo problema,

¿por qué —nos preguntamos— parece soslayar Buber deliberadamente a los partidos socialistas modernos? Frente a este interrogante, surgido casi por fuerza de lo inevitable, podemos intentar una explicación. En primer lugar Buber encara la caracterización de un socialismo que considera válido; sigue la línea de ese socialismo utópico profético —en última instancia **el socialismo**— a lo largo del pensamiento histórico y a través de algunos hombres que representan otras tantas formas concretas de ese espíritu. Y si digo “el socialismo” de ningún modo me refiero a un sistema dogmático y cerrado que no admite variaciones; por el contrario, complejo y múltiple, puede presentarse con las mil facetas con que se muestra la vida; pero para que todas esas maneras integren y confluyan en el socialismo deben cumplir, so pena de dejar de ser lo que al menos pretenden ser, dos condiciones inexorables (necesarias pero no suficientes porque lejos de excluir otras las posibilitan): a) que sean eminentemente voluntaristas; es decir que consideren al hombre como co-artífice directo de su propio destino individual y social y b) que postulen la semejanza esencial entre el camino y la meta.

En segundo lugar, si Buber soslaya esa “tercera forma del socialismo” es precisamente porque como forma intermedia, cierto legítimo recurso didáctico lo autoriza a dejarla de lado; es decir, al oponer el socialismo al marxismo para una mejor limitación de sus notas, considera que los opuestos sirven al mismo tiempo para una primera aproximación hacia un lado o hacia el otro.

En cuanto a esa tercera forma de socialismo, nuestro socialismo moderno, en fin, creo que satisface la primera de las condiciones pero

que se frustra en la consecución de la segunda, aunque lo afirmen sus postulados teóricos. No se puede llegar a A siguiendo el camino que va hacia B; esto, evidentemente simple perogrullada, para muchos profesores de la suficiencia no es más que “infantilismo y utopía”.

El socialismo por supuesto es socialismo y no politismo; y con esto no me evado de la realidad ni niego la eficacia del hacer político; se trata simplemente de saber cuál es el predio de cada uno. El socialismo empieza removiendo lo de abajo y sólo puede prosperar a partir del hombre concreto en el que la conciencia se va haciendo cada vez más conciencia a través de cada conquista, de cada paso hacia adelante, de cada cosa recuperada. Y si, en este momento en que nos ahoga el centralismo, quiere reestructurar descentralizando y autonomizar grupos humanos naturales, su tarea inmediata no es por supuesto ni repudiar al estado como lastre inservible y elemento de coacción —que efectivamente tal como hoy se presenta, lo es—, ignorarlo refugándose en prácticas puristas y permanecer al margen de un aspecto de la realidad que, nos pese o no, de hecho se dá; ni tampoco dejarse embotar por los datos de una situación que se cree inevitable por estar demasiado acostumbrados a ella, decir que es “utopista”, pretender la desaparición del Estado y olvidarse que este Estado es repudiable y que hay que ir acercándose a la desaparición de su forma actual.

Su tarea inmediata es precisamente ese avance voluntario, ese establecer los límites precisos entre la descentralización y la centralización no-prescindible en cada momento y —como dice Buber— tener conciencia de la centralización

innecesaria, de ese plus-Estado que es preciso hacer retroceder. Las condiciones deben preparar su madurez para que cuando el cambio exterior se produzca, el socialismo no sea otra vez la superestructura de una sociedad tan dislocada como la nuestra.

Ahora bien, es a raíz de la práctica del socialismo moderno, demasiado convencido del parlamentarismo y de las fórmulas democráticas, y en la que la forma va estrangulando el contenido, que se plantea la insuficiencia del segundo postulado y la posibilidad de un camino equivocado. Ante esta encrucijada podríamos llegar a pensar que inconscientemente él también se está volviendo apocalíptico y supone por lo tanto que la sociedad "será socialista" cuando se modifiquen los sujetos de la producción.

Martín Buber, como ya dijimos, busca la definición del socialismo a lo largo del desarrollo histórico y especialmente dentro de los límites que señala el último siglo; es decir a través de los años en que hombres como Saint-Simon, Owen, Fourier, Proudhon, Kropotkin, Landauer, significaron el pensar concreto de un espíritu que asumía en cada uno de ellos todas las contradicciones del espíritu humano, pero que, aunque diferente siempre y complejo, era en esencia siempre el mismo en un continuo ir superándose.

La evidente objetividad de la exposición, no es en su caso exigencia de frialdad; hombre apasionado y entrañablemente mancomunado con lo que dice, encara a esos hombres como sólo se los puede encarar cuando se tiene con ellos fundamentales cosas en común; Buber los acucia, discute, polemiza y estructura su propio pensamiento en el diálogo fecundo.

A los posibles reparos surgidos por eso de "la evidente objetividad de la exposición" y su apariencia de frase hecha, contesto que mi afirmación era consciente y que hay en Buber una objetividad innegable. Su método de trabajo —configurado sobre una claridad de ideas extraordinaria— consiste en remitirse directamente a los actores principales y hacerlos decir las cosas que efectivamente dijeron. Claro está, se me podría decir, quién se atreve a negar que, así como eligió ciertas cosas que dijeron esas gentes en ciertas ocasiones y lugares, pudo muy bien haber elegido otras que configuran quizás un rostro diferente.

Y bien, en primer lugar, Buber es efectivamente intencionado, porque nos hace ver las cosas que quiere que se vean; porque de ningún modo pretende erigirse en desapasionado observador y extender delante nuestro la esencia de esos hombres, sino acentuar el costado —para él— fundamental, ya sea como el lugar donde confluyen todas las contradicciones, ya sea como una de esas contradicciones que no pudo ser el elemento definitorio en la síntesis del pensamiento (quizás donde se demuestra más esa su justa actitud de comprensión sea en los capítulos de Marx y Lenin en quienes descubre notas del utopismo profético, que aunque sofocadas luego, innegablemente existieron).

En segundo lugar, es también probable que eligiendo otros momentos y otras situaciones de esas mismas personas se pueda llegar a estructurar una obra en la que se demuestre exactamente lo contrario. Esto es una inferencia lógica de la actitud intencional de Buber y del hecho de que en los hombres se quiebran infinitos planos. De todos modos y por lo que se ha aclara-

rado, la objetividad de Buber es inobjetable y lo es porque es una **objetividad intencionada** en singularizar lo que él cree son los factores **positivos**, los únicos, en fin que interesan para el desarrollo del socialismo.

Pocas veces quizás se haya escrito en este zarandeado terreno de la problemática contemporánea, una síntesis tan aguda y personal como la de Buber. Creemos, ahora después de leerlo, que tal vez pueda ser muy saludable para que a los milagreros de las fórmulas se les ocurra pensar de vez en cuando en todas estas cosas.

Esther María Smud

HEMOS RECIBIDO

Eskin, San, **Consejos para los que recolectan canciones folklóricas**, Folklore Américas, Florida, U. S. A., University of Miami Press, 1955.

Fogelquist, Donald F., **The literary collaboration and the personal correspondence of Rubén**

Darío and Juan Ramón Jiménez, Florida, U.S.A., University of Miami Press, 1956.

Guido, Beatriz, **La caída** (novela), Bs. As., Editorial Losada S. A., 1956.

Nettl, Bruno, **Relaciones entre la lengua y la música en el folklore**. Folklore Américas, Florida, U.S.A., University of Miami Press, 1956.

Valentín, Antonina, **El Greco**, Trad. de Aurora Bernárdez, Bs. As., Editorial Losada, S. A.,

Whitehead, Alfred, **Proceso y realidad**, trad. de J. Rovira Armengol, Bs. As., Editorial Losada, S.A., 1956.

En canje

Cuadernos hispanoamericanos, Madrid, junio-julio 1956, N° 78-9 (en canje).

Cultura Universitaria, Caracas, marzo-abril 1956, N° 54 (en canje).

Imago Mundi, Buenos Aires, diciembre 1955 (en canje).